

José Marzo

Actores sin papel

ACVF EDITORIAL
MADRID

Diseño de la colección:

La Vieja Factoría

Ilustración de cubierta: «Sin título», fotografía de Lola Coya.

Lectura de prepublicación:

Lola Coya

Primera edición en ACVF: agosto de 2013 (ebook)
agosto de 2014 (libro)

© José Marzo, 2013, 2014

© ACVF EDITORIAL, 2013, 2014

www.acvf.es

ISBN: 978-1500730673

Impresión digital bajo demanda. También disponible en *eBook*

*A Eurípides, Ibsen, Chejov, Ionesco, Arthur
Miller y todos los demás, con admiración.*

1. A la puerta del supermercado

Esta mañana, a la puerta del supermercado Lidl, me he acordado de Peter. El comercio ocupa una nave blanca, de fachadas de metal y aristas azules, junto al acceso de un polígono industrial. Parece una enorme cámara frigorífica abandonada en medio de un mar de cemento, bajo el sol abrasador de julio. A cincuenta pasos, ya se oye el runrún de los aparatos de aire acondicionado funcionando a pleno rendimiento. Sobre el tejado, un gran cartel, visible desde la autopista, anuncia cuatro mil metros cuadrados de productos al mejor precio de la zona. Alimentación, menaje, complementos... Hubo un tiempo en que Laura y yo veníamos aquí casi todos los sábados. Acudíamos atraídos por los yogures. A Laura la encantaban unos con piezas menudas de fruta. Perdía la cabeza por los trocitos de arándanos, moras y fresas silvestres. La dieta hipocalórica que tanto le costaba mantener durante la semana, la rompía la noche del sábado en diez minutos de desahogo ante el televisor. Se sentaba en el sofá con el envase de medio litro en el regazo, armada de una cuchara sopera. Y comía. Comía con calma, disfrutando de cada cucharada, dándose todo el tiempo del mundo. De vez en cuando, me miraba

sonriendo, las mejillas encendidas, y me sacaba la lengua, mostrando un pedacito de fresa.

Hoy me dirigía a Getafe a comer en casa de unos viejos amigos, cuando al ver el cartel he decidido parar a comprar una botella de vino. No me gusta llegar de vacío a casa de nadie: un buen vino, unos conos helados, siquiera unos humildes pistachos... «el postre preferido de Eurípides, el griego», invento en estos casos como disculpa.

Al salir del coche, un sol crudo se me ha clavado en la piel de cara y brazos. Ni un árbol en el aparcamiento, ni un palmo de sombra. El cielo, blanco, me ha deslumbrado, obligándome a bajar la vista. He caminado con la cabeza gacha y a paso rápido hacia el refugio del comercio.

A la sombra del porche de entrada, alguien, de pie a mi izquierda, me ha extendido algo con la mano y me ha hecho una pregunta que no he entendido. De un modo mecánico, he respondido «No, gracias», pero dos pasos más allá me he detenido y he mirado atrás.

—¿Peter? —le he preguntado, mientras mis ojos se iban acostumbrando a la penumbra.

Estaba junto a una máquina expendedora de refrescos, pero no era Peter. Lo primero que he distinguido es la túnica blanca, las dos hileras de dientes regulares, el sombrerito redondo del mismo color. Luego, el brillo de los ojos. La piel achocolatada ha sido lo último: las piernas, los brazos, el rostro. Tiene perilla.

—¿*La Farola*, señor? —ha repetido, ofreciéndome de nuevo el periódico.

Es altísimo. Quizás más de dos metros. Y fornido, huesudo. No hay un gramo de grasa en el brazo nervudo que sostiene el periódico, ni en los tobillos. Todo tendones, músculos y nervios, la complexión de un jugador de baloncesto de élite. El otro antebrazo lo utiliza como muestrario de bisutería.

Varias decenas de pulseras y collares, de todos los materiales y colores, cuelgan entre la muñeca y el codo. Se ha girado sobre sí mismo, con un tintineo, para que aprecie mejor su mercancía.

—¿Una bonita pulsera para la novia? —ha preguntado.

—Perdona, te he confundido con otra persona —le he dicho—. Una pulsera... Ahora no tengo novia a la que regalarle una pulsera, pero...

—No novia —ha repetido él, como un eco simplificador.

—Eso es, no novia —he confirmado—. Te compro un ejemplar del periódico. ¿Cuánto valía? ¿Dos euros?

—*La Farola*, dos euros, voluntad —ha dicho.

—Sí, ya recuerdo, la voluntad —he repetido yo ahora.

He sacado el monedero del bolsillo. Tengo muchas monedas de poco valor, que sumadas no superan el euro. Como voluntad, un euro es poco. Siempre he pensado que la venta de este periódico de una veintena de páginas, con información sobre acciones humanitarias que no interesan a casi nadie, es un pretexto para obtener limosna sin mendigar. Para el vendedor debe de resultar más digno, mientras que los compradores acomodamos tras el precio el pudor del altruista... la vergüenza, no sé cómo expresarlo mejor.

Le he explicado que no tenía monedas suficientes y que a la salida le compraría el periódico, después de pagar en caja. Me ha dicho que no entendía. He sacado el billete de cincuenta euros que llevaba conmigo y, mitad con gestos, mitad con palabras, le he indicado que voy a entrar en el supermercado, que voy a comprar vino y que después de pasar por caja, con el cambio, podré pagarle el periódico. Se ha quedado mirando el billete de cincuenta euros y he vuelto a sentir esa vergüenza, esa incomodidad.

—Cinco minutos —le he dicho, levantando la mano con los cinco dedos bien separados—. En cinco minutos, estoy de vuelta.

—Cinco minutos —ha repetido él, imitando mi gesto pero con la frente alta, como una estatua de ébano.

2. La vida es puro teatro

Me llamo Gus y soy actor. Lo era. Lo sigo siendo, pero ya no ejerzo la profesión. Aunque haya trabajado de taxista, de comercial, de camarero o de pintor de brocha gorda, no podría renunciar a mi vocación, que llevo pegada a mi personalidad como una mancha en pleno rostro. Soy actor cuando viajo en autobús y cuando bajo a por el pan, cuando comparto mesa en el desayuno con los compañeros de trabajo o cuando me miro en el espejo del servicio. Leyendo un libro, mi mente recita los diálogos, y viendo una película, aprendo de los errores de las estrellas, gozo con sus aciertos. Durante varios años, me gané la vida interpretando. Participé en varias giras, y por un papel secundario en una obra que estuvo tres meses en cartel en el Teatro Español, se me incluyó en la lista de candidatos al Premio Nacional. Pero no soy famoso, ni siquiera conocido. A veces, a modo de cura de humildad, vuelvo a ver el anuncio de una agencia de viajes que marcó el cénit de mi carrera: hago tantas muecas en treinta segundos que ni yo mismo me reconozco, afortunadamente. Nunca gané tanto dinero en tan poco tiempo, pero la cuesta abajo sería meteórica. La cosa me permitió vivir aún varios meses

de la profesión... La última mitad del dinero la invertí en una cooperativa. Establecimos nuestro teatro-estudio en un garaje del barrio de Chamberí, a dos manzanas de la sala Clamores. El entarimado del escenario, la pintura negra de las paredes, los telones rojos y los decorados... todo lo hicimos nosotros. Adaptábamos a teatro de cámara textos de autores contemporáneos y clásicos como Arrabal, Ionesco, Miller, Ibsen, Chejov o incluso Epicuro, el de los pistachos. Fue la época más plena de mi vida, pero no la más feliz. La plenitud se puede alcanzar, en el peor de los casos, hasta en una guerra; la felicidad tiene más que ver con la paz de una puesta de sol o con la ternura de un bebé que gatea. Luchábamos con denuedo por conciliar el arte con los ingresos; organizábamos talleres para los escolares de la zona, impulsamos un teatro aficionado con vecinos del barrio, ofrecíamos la sala en alquiler por horas para celebraciones e instalamos una máquina automática de café. No éramos hombres de negocios, así que ya pueden imaginarse lo que ocurrió. A las representaciones, rara vez acudían más de veinte personas, la mayoría familiares y amigos; en los talleres, solía haber más profesores que alumnos; y decidimos retirar la máquina cuando descubrimos que, siendo nosotros mismos los únicos clientes a los que parecía gustarles el café, nos salía más barato hacerlo en una cafetera de las de toda la vida. A la que sería la última función, un sábado por la noche, no asistió ningún espectador. Nuestra interpretación de *Tío Vania* fue tan convincente, que acabamos llorando de la emoción y aplaudiendo a la sala oscura. Yo tenía apalabrado ya, para el lunes siguiente, un empleo en una zapatería.

*

Fue también en aquellos meses de teatro al borde de la quiebra cuando conocí a Laura. Vino una mañana invitada por una de la actrices de la compañía. Oriunda de Santander, vivía de alquiler en un piso de estudiantes junto a la plaza de Olavide. Bióloga de formación, trabajaba de camarera en un Vips en turno de tarde, y aunque el teatro no la interesaba más que la música, el cine o la literatura, se convirtió en una asidua de nuestros ensayos matutinos. Ella no llegaba a los treinta años y yo había superado el umbral de los cuarenta. Ella era guapa y yo era feo. Ella era simpática, despreocupada, optimista; yo, más bien un tipo taciturno y obseso a punto de claudicar. Me enamoré de ella, y aún hoy me queda la duda de si ella estuvo alguna vez enamorada de mí. Una noche se quedó a dormir en casa y desayunamos juntos. Luego trajo el par de maletas y el bonsái, un roble de veinte años y sólo un palmo de altura, que colocó en la mesa de la cocina, al pie de la ventana. Era el primer ser vivo al que hablaba al levantarse y el último antes de acostarse. Lo llamaba «chiquitín» y lo regaba con un cuentagotas. Lo cuidaba desde su primer año en la universidad, y era, en sus propias palabras, el «último esqueje» de su vocación de bióloga. Viendo la atención que ponía en el cuidado del árbol, que era un reflejo de la atención que ponía en todo lo que hacía, yo no podía dejar de preguntarme qué había visto en este tipo descuidado y despistado. La admiraba, así que me era inconcebible que ella me viese a mí del mismo modo. La mañana de un lunes, escuché desde el supletorio del pasillo la conversación telefónica que mantenía con una de sus amigas.

«¿Qué haces con ese viejo?»

«No digas eso, no es viejo...»

«Con más de treinta años, todos son viejos... y además ya tiene entradas... nunca me han gustado los hombres con entradas».